

# Como puta por rastrojo

*Adaia Teruel*

Novela



# **COMO PUTA POR RASTROJO**

**Adaia Teruel**



115/Novela

Primera edición en SLOPER:  
abril de 2022  
Logotipo de La Noche Polar: Álex Fito  
Logotipo de Sloper: Max  
Imagen de portada: © Alexander Matowsky



Como puta por rastrojo  
© Adaia Teruel  
© Sloper, S. L.  
C/ Victoria, 2, 3° C  
07001 Palma de Mallorca  
[www.editorialsloper.es](http://www.editorialsloper.es)

**Depósito Legal: PM 00226-2022**  
ISBN edición impresa: 978-84-17200-60-2  
ISBN Ebook: 978-84-17200-62-6

**Como puta por rastrojo**

*Como puta por rastrojo* es una obra de ficción. Los sucesos y personajes representados en este libro son inventados. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. La autora ha usado la ficción para contar una verdad atroz, que es otra de las grandes singularidades de la literatura y, a veces, el único modo de que estas vean la luz.

A mis padres,  
que me dieron la vida.

A mis hijos,  
que me empujaron a escribir.

Y al Kalvo,  
él ya sabe por qué.

Raíz: del latín *radix, icis*. Parte de una cosa, de la cual, quedando oculta, procede lo que está manifiesto.

Nadie existe solo, nadie vive solo. Todos somos lo que somos porque otros fueron lo que fueron.

**Julio Medem**

La pura y simple verdad rara vez es pura y nunca simple.

**Oscar Wilde**

# Índice

Dos desconocidos

2

Una guardería vegetariana

4

Un pueblo en el culo del mundo

6

Cuéntame, cuéntame

8

Los Navarretes

10

Un lince malo

12

¿Una familia típica?

14

Que me llame urgente

16

Antonio era un carrilano

18

Todos seguimos nuestro camino

20

¿Tú eres tan evolucionada como tu padre?

22

La cueva y el sarcófago

24

Salió por patas



26

Nada extraño en su conducta

28

Eres un inútil

30

Adiós

## **Dos desconocidos**

Son las nueve y media de la mañana del 9 de abril de 2017. Mi padre y yo salimos rumbo a Almería, el lugar del que emigraron mis abuelos paternos hacia Barcelona, y que a mí, que si no respiro monóxido de carbono y piso cacas de perro es como si me faltara algo, se me antoja el fin del mundo. Llevo un tiempo recopilando información sobre mis antepasados para el libro que quiero escribir: uno sobre mis orígenes. Porque llega un momento en la vida en que todos nos preguntamos quién soy, de dónde vengo, para qué estoy aquí. El viaje a Almería es el colofón de la investigación.

Tenemos por delante setecientos kilómetros de carretera; siete horas con el culo pegado al asiento. Coloco las bolsas en el maletero y lo primero que me dice mi padre tras sentarse y abrocharse el cinturón es que ha pasado mala noche. Tu madre no ha dejado de pincharme, dice. Le pregunto qué ha sucedido y me responde que el viaje. No añade nada más, como si la sola mención de esta frase fuera suficiente para explicarlo todo. En su voz no hay asomo de acritud, es más bien la constatación de una obviedad. Mi madre, siempre sintiéndose ofendida, llena de recriminaciones y pequeños agravios.

Ahora mismo nada de lo que ella diga o haga me afecta: mi padre y yo vamos camino a descubrir el pasado familiar. Nada importa salvo este momento, este viaje, este plan; estoy eufórica. Mi padre aceptó mi invitación en el último

minuto. Tengo muchas cosas dentro que necesito sacar, dijo. Me pareció la oportunidad perfecta de pasar tiempo a solas con él y, con un poco de suerte, reencontrarnos. Jamás me pasó por la cabeza que podía suceder lo contrario. Pero tras este viaje nada entre nosotros volverá a ser igual.

Tras este viaje, mi padre y con él mi madre, desaparecerán de mi vida. Tras este viaje me convertiré en huérfana y el libro sobre mis orígenes pasará a ser otra cosa.

He tardado cuarenta años en abrir los ojos. Ya está bien de mirar hacia otro lado.

Arranco el motor del Range Rover y enciendo la radio. Suena una canción de Els Amics de les Arts. La tarareo, desafinada, mientras entro a la Ronda Litoral y nos convertimos en uno de los diez mil vehículos que ocuparán las carreteras españolas durante la Semana Santa.

—¿No hay nada más? —dice mi padre chasqueando la lengua en señal de desagrado.

—Pon lo que quieras —respondo yo—. Cualquier cosa menos Onda Cero.

\*\*\*

Mi padre se llama Miguel. Yo le llamo papá, y soy lo que soy en parte por él. He heredado su callo —dedo anular, mano derecha— y su insatisfacción permanente, aunque mi padre no lo admita y se haya pasado la vida entera pregonando a los cuatro vientos lo feliz que es.

A él le debo también mi pasión por las historias. Mis hermanas y yo crecimos escuchándolas. De pequeñas, antes de ir a dormir, nos cepillábamos los dientes y tras darle las buenas noches a nuestra madre, nos tumbábamos en la cama, los ojos cerrados, esperando su llegada. Era la hora del cuento, pero él nunca nos leyó ninguno. Ni *Los tres cerditos*, ni *Caperucita roja*, ni *El flautista de Hamelín*. Mi padre inventaba.

Lo primero que hacía al entrar en la habitación era coger su guitarra y cantar la canción que había compuesto para mí: *Abans d'anar a dormir has de fer un pipí*. Hasta que fui bastante mayor me hice pis en la cama. Reprimía tanto mis emociones durante el día, según mi psicólogo, que por la noche las soltaba en forma de meada y hasta que no dejé de hacerlo, mi padre me cantó esta canción. Una vez terminada, y sin dejar de rasguear su guitarra, nos contaba su viaje por Europa haciendo dedo, el sonido que hacen los tambores en África y el sabor a cardamomo de la comida de la India. Nuestro padre nos hablaba, de todo y de nada, hasta que nos quedábamos fritas.

Acaba de cumplir setenta años y, a pesar de que aparenta tener una década menos y su físico todavía conserva algo de aquel joven atractivo que un día fue, las bolsas faciales y la papada son las de un hombre que se hace viejo. Parece un abuelo bondadoso, con su pelo abundante y blanco como las hojas de un cuaderno por estrenar. Es de complexión delgada, aunque estos últimos años ha echado un poco de barriga. Tiene problemas de audición a causa de un infarto que sufrió en el oído y los médicos no detectaron a tiempo. Otras cosas no han cambiado. Su mirada es astuta, su cara es ancha, su expresión, inescrutable.

Papá nació el 20 de abril de 1946 en un cortijo perdido en medio del monte andaluz. En su D.N.I consta que lo hizo

una semana más tarde. Según la leyenda familiar, a mi abuelo le daba pereza montarse en la burra y hacer las seis horas de camino, tres de ida y otras tres de vuelta, para recorrer los veinte kilómetros que los separaban de Vélez Rubio, el municipio más cercano, donde se encontraba el registro, y donde esta tarde nos espera el primo de mi padre, que se llama igual que él.

Hacía meses que planeaba esta salida. En el calendario colgado en la pared de mi estudio, esta semana de abril estaba marcada con bolígrafo rojo, destacando sobre el resto. Era el tiempo que disponía para ver el lugar del que proceden mis ancestros. Estaba ansiosa por saber cómo fueron sus vidas y sus sueños. Pensaba que si lograba desentrañar el pasado, podría ser capaz de enfrentarme a mi futuro y dar respuesta a las preguntas que atormentaban mi presente.

Este libro es fruto de la obsesión por saber quién soy. Trato de averiguarlo desde que me convertí en madre.

Hasta que no tuve hijos lo más importante en mi vida había sido *mi* vida. Si descubres algo que te apasiona —en mi caso, el periodismo—, no quieres dejar de hacerlo. Te enganchas a ese modo de vivir porque te hace sentir bien. No era rica ni famosa, pero vivía de un trabajo que me entusiasmaba y me sentía plena.

Ser madre a tiempo completo me despojó de esa identidad.

Parece que con la maternidad tienes la obligación de ser feliz. Mi experiencia dice lo contrario. Sentir el amor y la dependencia de tus hijos puede ser algo maravilloso, pero también un infierno. Solo las personas a las que quieres pueden hacerte sufrir. Lo supe en cuanto aterricé con el Kalvo en el aeropuerto de Tánger con nuestro bebé de meses enganchado a la teta. El policía de control de inmigración me miró a través del cristal, examinó el

formulario de entrada, volvió a mirarme y espetó: ¿Periodista? ¿Para qué periódico trabaja? Me dedico al audiovisual, respondí. Él se quedó mudo, pero levantó una ceja. Trabajo haciendo reportajes para televisión, añadí. ¿Para qué televisión? Soy freelance. El agente puso cara de no tener la más remota idea de lo que le estaba diciendo. Hago vídeos por mi cuenta y luego los vendo, traté de aclarar. Los periodistas necesitan un permiso especial para entrar a Marruecos, gruñó. Pero es que yo no vengo a trabajar, vengo con él, dije mientras señalaba al Kalvo. Él le explicó que le habían contratado en la nueva fábrica de Renault. El agente le dedicó una mirada resolutoria. Muy bien, dijo. Luego, tachó la palabra periodista de mi formulario y la cambió por mamá.

*Mamá.*

Cuatro letras insignificantes, *Mamá.*

Me dolieron igual que un par de hostias bien dadas. En menos de cinco segundos, todo por lo que había luchado, todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo durante años, se había esfumado literalmente de un plumazo.

A partir de ahí, todo fue a peor.

Porque al niño siguió una niña y, de repente, todo lo que creía saber acerca de mí misma se me reveló pura ficción. El mundo, *mi* mundo, giraba en torno a ellos. Desayuno. Colegio. Parque. Baño. Cena. Cuento. ¿Cómo he llegado a esto?, me preguntaba. *Mamá.* ¿Así será el resto de mi vida?

Había días en que me encontraba presa en mi propia casa y me entraban ganas de huir, emborracharme, drogarme. Fue una época de drama, ansiedad y frustración. Por más que me esforzase, el traje de *Mamá* me venía estrecho y me encontré librando una batalla contra mí misma, entre la madre que ansiaba ser y la que en realidad era.

Dejar de lado mi carrera en pos de la familia me sumió en el vacío. Hasta que llegué a Marruecos yo había vivido como un hombre. Había estudiado una licenciatura, había viajado y había follado como la que más. Yo era una mujer del siglo XXI. Independiente, autosuficiente y liberada. Una mujer moderna con el mundo a sus pies. Pero al dar a luz y abandonar mi trabajo pasé a ser una ciudadana de segunda, un cero a la izquierda, un ser invisible.

¿Quién era yo? ¿Mujer? ¿Periodista? ¿*Mamá*?

Empecé a preguntarme si se podía ser madre y libre al mismo tiempo.

Allí fue cuando, en ese intento desesperado de recuperar el sentido de mi existencia, comencé a darle vueltas a la idea de escribir el libro sobre mis orígenes.

¿Quiénes eran las personas que me habían transmitido su ADN? ¿Cuál fue su historia antes de que yo naciese? ¿Qué hay de ellos en mí? Y sobre todo mi padre, la persona más determinante en mi vida y la de mi familia. Un hombre de otra época encajado en un mundo que, dice, no es para soñadores. Un recuerdo arqueológico de una generación que moldeó a los adultos que somos hoy.

Ahora sé lo equivocada que estaba —aquello no era más que una huida hacia adelante—, pero entonces pensaba que buscarme a través de los otros podía ser una forma de reencontrarme. De dejar de ser *Mamá* para volver a ser *Adaia*.

La verdad es que la idea del libro no fue mía: salió de las cabecitas de mis hijos. Cada noche antes de acostarlos les cuento una historia, pero un día el mayor, cansado de que el lobo siempre fuese el malo de la película, me pidió que me inventase una. El problema es que soy una yonqui de la realidad. Soy incapaz de crear algo de la nada, por eso me hice periodista. Aquella noche germinó la idea de la que nace este libro, porque ante mi falta de imaginación no

tuve más remedio que tirar de archivo y contarles algunas de las anécdotas de mi infancia.

Como Sherezade, pero en chándal, con ojeras y sin la presión de que me maten si me quedo sin argumento, las peripecias de mi niñez se sucedieron unas a otras, noche tras noche, hasta que un día la fuente de donde brotaban mis recuerdos se agotó. Y entonces empezaron las preguntas. Preguntas inevitables, pero que yo no esperaba y para las que no tenía respuestas. ¿Dónde nació el abuelo? ¿Cómo era la abuela de niña? ¿Estuvo alguien de nuestra familia en la guerra?

Todos los padres son unos extraños para sus hijos y todos los hijos son unos completos desconocidos para sus padres; no soy una excepción. Así que allí estaba, tumbada en la cama con los dos, sin saber muy bien qué responder. Mis hijos pidiendo que les explicase de dónde vienen, que trazase la línea genealógica que concluía en sus vidas y yo sin saber qué decirles. *Mamá* estaba en apuros.

¿Quiénes eran mis padres en realidad? ¿Quién era yo? Preguntas que podrían parecer estúpidas para muchos eran para mí importantes como si la continuidad del mundo dependiera de sus respuestas. Lo sabemos sin necesidad de consultar una bola de cristal: aquello que somos, lo que forma nuestro carácter, viene condicionado por el lugar de donde venimos, la familia que nos ha criado, su posición en la sociedad, la escuela donde hemos estudiado, la personalidad de nuestros padres y abuelos. Es imposible entender quiénes somos sin saber antes quiénes fueron ellos.

¿Cómo era el abuelo, *Mamá*?

Uno casi nunca es lo que creía ni viene de donde creía que venía.



¿Dónde nació, *Mamá*? Dios.  
Habla, *Mamá*.

Todos tenemos un pasado. Las cosas nos salen bien o nos salen mal, pero está claro que algo nos lleva adonde estamos. Mi padre apenas nos había hablado del suyo. Conozco pocos detalles de su vida antes de que yo naciera. Sé que de joven fue durante un tiempo a la Casa del Sagrado Corazón del padre Fuentes, como voluntario, a tocar música para los enfermos terminales. De pequeña me contaba cómo le había impresionado aquel lugar donde la mayoría de los pacientes eran jóvenes con malformaciones genéticas a los que sus familiares habían abandonado. Él iba los domingos por la mañana. Se colocaba de pie junto a la cama que la monja le indicaba, cogía su guitarra, cerraba los ojos y cantaba *Clavelitos*, una canción popular entre las tunas universitarias.

También sé que estudió durante tres años en un seminario porque de niño se le metió en la cabeza que quería ser cura. El resto es para mí un enigma. Además, desde hace algún tiempo mi padre hace cosas extrañas. Desaparece. Pierde dinero. No puede dormir y le sangra la nariz. Algo huele mal en Dinamarca.

\*\*\*

Ahora mismo está sentado a mi lado con los ojos cerrados. Aún no son las once de la mañana, pero el calor ya pega con fuerza y él se ha ido durmiendo mansamente, como un viejo perro al sol. Aprovecho para encender el aire

acondicionado y sintonizar iCat. Desde que el Kalvo me la descubrió estoy enganchada, pero mi satisfacción dura poco porque el perro al sol despierta de golpe.

— ¿Dónde estamos? —pregunta frotándose los ojos.

—A punto de llegar a Tarragona —contesto yo—. Mira, ya se ve el acueducto.

Afuera, indiferente al tránsito de la autopista AP-7 y en medio de un bosque de pinos, se levanta imponente la obra de Augusto. Más de dos mil años resistiendo al hombre.

—¿Sabías que se hizo para llevar agua a la ciudad? —dice mi padre con la nariz pegada a la ventanilla.

—Lo sé.

—De toda Hispania —continúa él en tono pedagógico—, Tarraco era la ciudad más importante del Imperio Romano.

—Gracias —digo con retintín—, lo tendré en cuenta.

—Vale, vale, ya me callo —contesta entre risas.

Vengo a Tarragona con mis hijos un par de veces al año a visitar a una amiga de la universidad. Y siempre que mis hijos ven el acueducto me piden que les cuente la leyenda del Pont del Diable, que es como conocen los lugareños a este puente. La he recitado tantas veces que podría hacerlo solo con mímica. El diablo lo construyó en una sola noche, empiezo. A cambio quería el alma del primero que bebiese del agua que corría por el puente, continúo. Dio por hecho que sería una persona, pero los aldeanos le engañaron y el primero en probar el agua fue un asno. Aquí es cuando ellos estallan en risas y el coche se llena de los rebuznos del animal que imitamos entre los tres. Luego vienen las preguntas: ¿Cómo era el diablo? ¿Dónde vivía? ¿Quién le había enseñado a hablar catalán? Y la que más quebraderos de cabeza me da: *Mamá*, ¿qué es un alma?

Le cuento la anécdota a mi padre que me escucha divertido. Estos niños son la hostia, dice cuando termino. Y

por el tono me parece advertir cierto orgullo de abuelo. A pesar de que él no ejerce como tal. Jamás ha ido a recoger a mis hijos al colegio ni los ha cuidado cuando están enfermos. No los ha llevado al parque ni a la feria, ni siquiera de paseo. Pero cuando vamos a su casa de visita juega con ellos cinco minutos en la alfombra del comedor y se los mete en el bolsillo. Una vez se disfrazó con una peluca y un bigote, salió de casa sin que lo vieran y llamó al timbre diciendo que era el primo del abuelo; los niños alucinaron.

Dejamos la ciudad de Tarragona atrás. En el peaje de Reus aminoro la velocidad, saco el brazo por la ventanilla y liquido el tique con la Visa. Mi padre no se lo piensa dos veces y cambia de emisora. Durante un rato escuchamos las noticias en Radio Nacional de España. El tema del día es ETA, que hoy empieza su desarme, y el ataque de Estados Unidos a Siria. Tanta muerte me deprime; apago.

—Te he traído algunos libros —digo, por sacar tema de conversación.

—¿Cuáles? —dice levantando las cejas. Las tiene blancas, pobladas y salvajes; cada vez que las miro tengo la sensación de estar viendo a mi abuelo paterno.

—Dos novelas gráficas. Una va sobre el Holocausto —a mi padre todo lo relacionado con los judíos y el antisemitismo le tiene fascinado, igual que los misterios del Antiguo Egipto y las teorías conspirativas en general— y otra que es más sensiblera, pero que tiene unos dibujos fantásticos.

—Me va de perlas —exclama con entusiasmo—. Estoy a punto de terminar el último que me dejaste.

Descendemos la costa tarraconense —Salou, Cambrils, La Ametlla de Mar, La Ampolla, Sant Carles de la Ràpita— mientras comentamos *Sexografías*, de Gabriela Wiener. A la altura del Delta del Ebro, el GPS nos advierte que en este

tramo de autopista hay varios radares, así que fijo el control de velocidad a ciento veinte y durante los siguientes kilómetros conduzco sin tensión. Mi padre y yo hablamos de cualquier cosa: de cuando él hizo el servicio militar, de los años que yo viví en Marruecos y del documental *Mañana*, que vi hace poco y le recomiendo porque sé que le agradará.

La AP-7 es una vía recta de tres carriles en cada sentido, separados por una mediana de latón que recorre la costa española desde la frontera con Francia hasta Cádiz. Parece una pista de aterrizaje sin fin. Durante kilómetros y kilómetros no se ve otra cosa en el horizonte que los matojos silvestres que crecen en el arcén, los postes de electricidad y alguna que otra casa que quedó aislada al construirse la autopista.

El sol ha subido. Los rayos atraviesan el cristal y le dan a mi padre en la cara, que entrecierra los ojos molesto. Papá alarga el brazo por encima del asiento y coge su mochila de Coronel Tapioca, la coloca en su regazo y rebusca entre los múltiples bolsillos hasta que da con las gafas de sol. Una vez puestas clava la mirada en la carretera y me pregunta:

—¿Ya has empezado a escribir?

—No —respondo yo—, primero necesito conocer a fondo la historia de la familia.

—Aquí hay tema para un buen libro. Ayer se me ocurrió el título. También el de los cuatro primeros capítulos —dice para mi asombro, pero no me da tiempo a preguntarle cuales son porque enseguida continúa—. Si yo escribiera este libro arrasaría. Sería un *best-seller*.

Hasta ahora ninguno de los dos había mencionado el propósito del viaje, pero ya que ha sacado el tema y parece tan dispuesto, creo que es buen momento para empezar con las cuestiones que traigo preparadas.

—Papá, ¿qué opinas de nuestra familia?

Lo he dicho en un tono amable, circunstancial, pero la pregunta flota un momento en el ambiente. Al cabo de unos segundos, mi padre se vuelve hacia mí y sonrío burlón como si pensara que la pregunta es una trampa.

—Ha habido de todo —empieza, y deja la frase a medias.

Mi padre inclina el cuerpo hacia delante separando la espalda del asiento, como si en lugar de ir en coche anduviera encima de un camello por el desierto y tratara de discernir si lo que intuye a lo lejos es un oasis o un espejismo. Luego, comienza de nuevo.

—Ya sabes que yo he pasado épocas.

Mi padre vuelve a detenerse. Me da la sensación de que está buscando las palabras exactas. Callo y dejo que las encuentre. Durante un rato, lo único que se escucha dentro del coche es el zumbido del motor.

—Cuando tenía quince años quería algo —reinicia— que ni tan siquiera sabía lo que era, pero estaba dispuesto a renunciar a lo que fuera con tal de conseguirlo —su voz adquiere un tono grave y su rostro se vuelve serio—. Porque entendía que la vida tiene un sentido y yo quería hallar ese sentido. Has de cuestionarte las cosas para encontrar la respuesta —concluye volviéndose hacia mí.

Mi padre es de esas personas que hace contacto visual cuando habla. Puede ser incómodo y a veces intimidante. En este momento no puedo mirarle porque estoy conduciendo, pero puedo sentir sus ojos clavados en mí. Cada vez que le observo de reojo veo como brillan.

—Yo nunca me lo hubiera imaginado. Eso era mi sueño más loco y poder realizarlo no me entraba en la cabeza —habla sin pausa, con voz enérgica—. Sé que a veces parece que sea un perdonavidas, pero cuando llega el momento estoy allí. Recuerdo haber jugado mucho con vosotras

cuando erais niñas. El problema del burgués es que pierde el sentido de las cosas que no son materiales y aunque yo no pasara mucho tiempo con vosotras el tiempo que estábamos juntos era de calidad.

Muy creativo. He escuchado la misma diatriba infinidad de veces. No sé por qué esperaba que en esta ocasión fuese distinto. Mi padre tiene fama de ser un hombre abierto y para muchas cosas lo es. Para otras, en cambio, es ferozmente hermético. Deduzco que ahora mismo no sabe por donde voy y por eso se muestra receloso.

Otra hora más de ruta: paisaje deshabitado a ambos lados del camino, de vez en cuando una arboleda, un par de montañas cortadas por la mitad para dar paso a un túnel carretero, algún que otro puente y unas pocas decenas de vehículos en más de cien kilómetros. Lo único que mi padre me ha dicho en todo este tiempo es que de joven buscaba algo. Eso ya lo sabía y lo comprendo. Lo que quiero saber es por qué creó una familia. Necesito entenderlo, así que vuelvo a preguntárselo.

—¿Pero cómo acabaste casado y con tres hijas si no era la vida que tú querías? — digo tratando de no sonar ansiosa.

Mi padre ríe con ganas como si acabaran de contar un chiste que solo él entiende:

—Si no me hubiera casado con tu madre habría terminado loco. Yo no soy una persona familiar, soy más bien un antisocial. Yo valoro más el sentimiento, lo que viene de dentro —posa su mano derecha en el centro del pecho con grandilocuencia teatral—. Entiendo que si tienes un hijo lo quieres, pero mi vida es mi vida —dice poniendo mucho énfasis en el posesivo— y si llega un momento que mi hijo se convierte en un chorizo que venga la Guardia

Civil y se lo lleve. Es como estar con alguien solo por estar. No funciona. Es mejor decir adiós.

—Lo que dices suena un poco fuerte...

—Sé que a veces mis palabras pueden parecer duras — cría cuervos que te quitarán los ojos o búscate un padre que te adopte—, pero ya me conoces, soy un provocador. Recuerdo que tú con quince años me decías: me voy de casa. Y yo te contestaba: vale, pues vete —y papá mueve la mano al igual que si espantara una mosca—. Si yo ya sabía que te ibas adonde tu tía María: si no lo hubiera sabido habría sido diferente. Yo quiero ser padre, pero con respeto. Mi vida es mi vida —repite de nuevo mientras se golpea el pecho—. Para mí lo importante es el fondo. Esto es querer. Siempre he intentado daros seguridad y que tuvierais estudios. Yo en la vida me he tenido que espabilar y quería que tú y tus hermanas aprendierais a valeros por vosotras mismas.

Hace una pausa, gira la cabeza en mi dirección y suelta la misma frase que he escuchado de sus labios un millón de veces:

—Adaia, si esperas que en la vida todo sea de color rosa, vas mal.

Abandono. Da igual lo que pregunte, papá siempre termina sacando a colación el mismo tema: que la vida es un regalo, un regalo que no valoramos lo suficiente, un regalo con fecha de caducidad, un regalo que a veces puede parecer envenenado, pero un regalo al fin y al cabo. Si de niña me hubieran preguntado cómo era hubiera respondido sin dudar que de otra galaxia. No recuerdo haberlo visto nunca enfadado ni triste. Mi padre es un tipo alegre, positivo, lleno de vitalidad. Disfruta de la vida, se le da de maravilla.

Cuando mis hermanas y yo éramos pequeñas y nos despertaba para llevarnos al colegio, subía las persianas de

nuestra habitación al grito de ¡Dad gracias por este nuevo día, estáis vivas! Daba igual si hacía un día de perros. Su sermón no ha cambiado en todos estos años. Lo he escuchado tantas veces que puedo recitarlo de memoria: Tienes que vivir sin miedo. Si no, ¿qué coño estás haciendo? No sabes lo que te va a pasar. Hoy te va bien y mañana te va mal. Lo único que puedes hacer es estar bien contigo mismo. Saber que las circunstancias no son nada. Si tú estás bien, no te afectarán. Créeme, es posible. Hay dos lugares: uno es pequeño y el otro es inmenso. ¿Me entiendes, Adaia? No, claro, tú no puedes entenderlo.



## 2

Nunca se me ha dado bien retener fechas concretas. Hay quien tiene pecas, la nariz grande o los pies planos, yo tengo mala memoria; será que he fumado demasiado hachís. Los recuerdos infantiles llegan a mí en forma de flashes, la mayoría son de Cabrils.

Cabrils es un municipio rodeado de montañas, no muy lejos de Barcelona, que durante los ochenta y los noventa fue un importante centro de veraneo. Cabrils son los ratoncillos de campo que se colaban en nuestra cocina, los capullos de orugas que caían de los árboles y las ortigas que te dejaban las piernas llenas de ampollas. Cabrils serán siempre los caracoles que salíamos a buscar después de las tormentas, las pieles de serpiente que encontrábamos en los caminos y las luciérnagas que de noche iluminaban nuestro jardín. Cabrils era sinónimo de libertad.

Mis padres alquilaron una casa en este pueblo a finales de los setenta, cuando aún vivíamos en Barcelona. La encontraron un domingo por casualidad. Habíamos ido a comer a una masía en la montaña y de regreso nos perdimos. Fue entonces cuando vieron la casa en lo alto de una colina. Mi padre detuvo el coche frente a los dos pilares de piedra de la entrada y desoyendo las quejas de mi madre, a quien aquel no le parecía el lugar adecuado para pasar sus vacaciones, siguió a pie el camino de tierra bordeado de eucaliptos.

El cerro estaba situado a las afueras. La gente del lugar lo conocía como El Morro. Pertenecía a las hermanas Serra, dos solteronas podridas en dinero que habían heredado la montaña entera y construido residencias de verano para la gente de ciudad. De eso hacía ya bastantes años; después de la guerra, escuché una vez decir a alguien. Había nueve casas. Cada una con su jardín privado, aunque éste no era más que la prolongación natural de la vivienda en el exterior, si una cosa distinguía a aquel lugar de las urbanizaciones de hoy es que en toda la montaña no existía una sola valla de madera ni verja metálica, ni setos, muros de piedra u otra delimitación. Las casas se fundían en el entorno y los niños, que cada verano éramos los mismos, nos movíamos por allí como si fuera nuestra Isla del Tesoro particular.

Andábamos arriba y abajo con las bicicletas BH, nos hinchábamos a comer arándanos de los arbustos, nos encaramábamos a una vieja higuera para coger sus frutos, engullíamos almendras hasta reventar y asaltábamos el huerto del payés vecino para llevarnos lechugas y tomates que escondíamos en la cabaña que habíamos construido con los restos abandonados de una obra cercana.

La casa no era nada del otro mundo. Blanca, de una sola planta, con los postigos de las ventanas de color verde oscuro, igual que la puerta de la entrada a la que se accedía subiendo tres peldaños y del tamaño suficiente para que entrara un carro. El comedor apenas lo utilizábamos porque teníamos la costumbre de desayunar, comer y cenar en el jardín. Allí teníamos una vieja chimenea que encendíamos solo en invierno. En verano hacía la función de escaparate musical. Presidía el espacio el tambor, hecho con una antigua lata de pintura oxidada y con una piel de animal enrollada en la parte superior. Lo había traído mi padre de uno de sus viajes por África y

nadie lo sabía tocar. Junto a él, su guitarra; en la repisa, el viejo cancionero, con las páginas amarillentas y arrugadas, huérfano de cubierta. Por supuesto, en Cabrils no teníamos televisión.

Del comedor salía un pasillo, al que confluían la habitación que compartía con mis dos hermanas, el cuarto de la chica de servicio, el lavabo, el dormitorio de mis padres, que tenía un espejo que ocupaba la pared entera, y la habitación más grande de la casa: el cuarto del fondo. Así lo llamábamos. Apartado del resto de espacios funcionales de la casa, era el lugar donde escondíamos nuestros tesoros. En el armario de pintura descascarillada guardábamos nuestros disfraces y los de mi padre; los que se ponía en las fiestas de cumpleaños, donde él y sus amigos deleitaban a los invitados con números de música y sketches de payasos. En la estantería superior, las pinturas y los accesorios para los trucos de magia. En el otro extremo, el baúl, que teníamos repleto de títeres: el cazador, Caperucita, la Cenicienta y varios con forma de animales. Y junto a él, mi mueble preferido: el catre de dos metros, previsto para los invitados pero que la mayoría de las veces nos servía de cama elástica para saltar.

Cuando llegamos, frente al porche de la casa se abría un espacio árido y polvoriento que mi padre, con esmero, acabó convirtiendo en un frondoso jardín. Creó un circuito de plantas y flores, que empezaba en el camino de la entrada y que daba la vuelta a todo el patio. Plantó geranios y rosales de colores, margaritas amarillas y jazmín, que al caer la tarde desprendía un olor dulzón. Junto a la puerta de la cocina dispuso las hierbas aromáticas: menta, albahaca, perejil, tomillo y manzanilla para sus infusiones. Plantas y más plantas que tardabas una eternidad en regar. Mi hermana mayor y yo nos turnábamos para hacerlo. Un día cada una, y así todo el

verano. Podías estar más de media hora, de pie, con una mano aguantando la manguera y la otra sin saber muy bien qué hacer.

Después de arreglar el jardín, lo primero que hizo mi padre fue colocar un columpio. De hierro, granate, y con espacio para dos asientos. De niña podía pasarme horas colgando cabeza abajo en una de las barras laterales, sujetándome solo con la ayuda de mis piernas.

Al fondo, bajo la sombra de los eucaliptos, colgó una hamaca de rayas multicolores que había traído de uno de sus viajes a Tailandia. Allí, cada día, se echaba la siesta, los brazos colgando a ambos lados y el libro que había dejado de leer minutos antes, reposando en su barriga, subiendo y bajando al ritmo de su respiración. Cuando él no estaba, mis hermanas y yo nos peleábamos por subir. Aunque, con lo que más disfrutábamos era con la vieja cuerda de color azul. Mi padre la ató a una de las ramas del prominente abeto que había en el patio, la dejó caer y en el extremo inferior hizo un lazo que servía para que nosotras metiésemos el pie y nos balanceásemos imitando a Tarzán, grito incluido.

En mi recuerdo, podría ser el año 1988 o el anterior o el siguiente, aparecemos mis hermanas y yo junto con los demás niños, parados frente al garaje de nuestra casa, decidiendo a qué vamos a jugar. Estamos despeinados, sucios y sudados, pero excitados porque aún quedan unas cuantas horas por delante antes de que nos manden a la cama. En plena discusión, porque unos quieren ir a la cabaña del bosque, otros prefieren jugar al pilla-pilla y un par dan la lata para que organicemos un partido de fútbol, irrumpe en la escena el motor de un vehículo. Tan pronto como los niños reconocen al conductor, se acabó la discusión.

Mi padre sube por la cuesta con su Peugeot 405 gris metalizado. Conduce despacio para no dañar los bajos del coche. Va sorteando los baches que hay en el camino de arena de la entrada y que los vecinos nunca se deciden a arreglar. Dos minutos después aparca frente a nosotros. Todavía no ha sacado la llave del contacto cuando ya estamos con la cara pegada a su ventanilla dando voces. Miguel, ¿nos tocas la guitarra? ¡No, no! Haznos trucos de magia. ¡Títeres, títeres! ¡Yo prefiero cantar! Él sale del coche y lo primero que hace es darnos un beso en la cabeza a mis hermanas y a mí. Qué orgullosa me hacía sentir. El hombre al que mis amigos veneraban como a una estrella de rock era mi padre. ¡Mi padre! Después de besarnos empieza a andar hacia nuestra casa sorteando como puede a los niños, que quieren llamar su atención tocándole la espalda, tirándole de la ropa, cogiéndole de la mano. Dejarme que al menos llegue a casa y salude a Meritxell, dice entre risas. Mi padre viste una camiseta de manga corta negra y unos Levi's 501, también negros. Hace años que en su armario es difícil encontrar una prenda que no sea de ese color.

Papá no es de esos hombres que la naturaleza designa para construir nidos. Cuando yo era pequeña, daba la impresión de que o trabajaba o viajaba o no estaba. Pero a diferencia de mi madre, que acostumbraba a estar de malhumor o a regañarnos por cualquier cosa, los momentos que mis hermanas y yo compartíamos con él eran de lo más excitantes. Recuerdo en especial una tarde en que no sabíamos qué hacer y él cogió sus pinturas, unas cartulinas y dibujó dos elefantes de color gris. Para diferenciarlos, les colocó adornos de distinto color, en la frente y en el lomo y siguió reproduciendo paquidermos de menor tamaño un buen rato. Estuvo pintando más de una hora: nosotros lo mirábamos extasiados. Parecía tan fácil, solo tenía que

deslizar el pincel y los animales brotaban de la nada. Cuando terminó los escondió por el bosque. Veinte mini elefantes, la mitad de color rojo y la otra mitad de color verde. Los niños nos dividimos en dos grupos y salimos disparados a buscarlos. El equipo que consiguiera reunir más elefantes en menos tiempo sería el ganador. A veces, sin venir a cuento, mi padre montaba la tienda de campaña en el jardín y mis hermanas y yo dormíamos allí con él haciendo vivac. Todavía hoy me sucede que si salgo de la ciudad y paso la noche en la montaña, donde el aire es más puro y no hay tanta contaminación, me detengo un rato, en silencio, a observar el firmamento. Su inmensidad me recuerda que no somos nada, pero sobre todo me trae de vuelta esas noches de mi niñez bajo las estrellas, cuando mi padre nos explicaba cómo una gran explosión había creado el Universo, mientras señalaba dónde estaba la Estrella Polar. ¿Sabéis que los antiguos marineros la utilizaban para orientarse en el mar cuando navegaban?

Su última invención llevaba el nombre de Gargamel y nos tenía como locos. Era un juego que necesitaba de toda una preparación previa, y si teníamos suerte y lográbamos convencerlo, entonces dejaba de ser él mismo y se transformaba en el más temible de los monstruos. Su atuendo no era el del malvado brujo que persigue a los pitufos, sino una mezcla heterogénea. Se disfrazaba usando una bata que había traído de uno de sus viajes por Asia, roja, de satén y estampada con caracteres chinos y que él se anudaba al cuello como si fuera una capa. Después, se pintaba la cara de blanco y con ayuda del color negro añadía unos círculos alrededor de los ojos que le daban un aspecto siniestro. El toque final lo ponían los colmillos de plástico y la linterna, que servía para la puesta en escena. En realidad, no era más que el típico juego del escondite, al que él había añadido algunos extras. Como aquel